

Buenos Aires
Montevideo
São-Paulo
Río de Janeiro

10 diciembre 1929
a bordo del "Lutétia",
mar adentro de Bahía.

PROLOGO AMERICANO

La Compañía Sud-Atlántica ha puesto amablemente a mi disposición un apartamento de lujo y de este modo puedo, lejos de los ruidos de las máquinas y en el lugar más tranquilo del buque, comenzar la redacción de estas diez conferencias de Buenos Aires, que fueron improvisadas, habladas y dibujadas; los dibujos están ahí y los expondré seguidamente; son ellos los que reconstituirán el sentido y el orden de mis conferencias.

E stamos en pleno verano tropical, el sol es magnífico; han creado, durante la semana anterior, ante mis ojos, la inolvidable, la entusiasmante magia de Río de Janeiro. Mi cabeza está todavía llena de América y hasta esta mañana (embarqué ayer), no había ninguna infiltración europea en esta masa poderosa de sensaciones y de espectáculos americanos que por efecto de mi itinerario y por el crescendo de las estaciones (primera primavera argentina y verano tropical de Río), se habían ido sucediendo, escalonando, sobreponiéndose en una pirámide de la cual Río era la cima y esta cima estaba coronada como de un fuego artificial. Argentina es verde y llana y su destino es violento; São Paulo está a 800 metros, sobre unas planicies accidentadas, cuya tierra es roja como las ascuas y la ciudad parece soportar con su paraje la carga espiritual autocrática de los plantadores de café que mandaban, antaño, a unos esclavos y que hoy son como unos

gobernadores severos e insuficientemente activos. Y Río es roja y rosa en sus tierras, verde en sus vegetaciones, azul por su mar; la ola se agita con un poco de espuma sobre las playas que se multiplican; surgen islas horadando el agua; picos que caen en el agua; altas colinas y grandes montañas; sus muelles son los más hermosos del mundo; la arena del océano está al mismo borde de las casas y de los hoteles; una inmensa luz pone su motor en vuestro corazón. ¡Cuán bella, poderosa e incitante es mi pirámide de trofeos de América!

...En casa, en París, cuando llegaré dentro de doce días, encontraré la plaza de la Madeleine y sus árboles de Navidad, su asfalto chorreando de lluvia; el sol saliendo a las diez y ocultándose a las cuatro: las tinieblas del invierno, un paisaje de purgatorio. Y todo aquello que hace París: el hollín y la mugre y las casas vetustas. Y también esa extraña precipitación de todos los elementos del universo que hace que París sea la "Ville-Lumière". Admitámoslo en el plan espiritual, pero los viajes nos demuestran que en otros lugares, la luz...

Este valor espiritual de París me ha valido el poder decir en Buenos Aires, en Montevideo, en São Paulo, en Río, lo que tenía que decir, "en nombre de...". Este viaje se convierte en una misión. A veces se me oficializa de improviso (y Dios sabe si me retracto, lo mismo que los cuernos del caracol, cuando se trata de la inmensa máquina de recomendaciones, de los "amigos de nuestros amigos"). En Buenos Aires soy el huésped de los "Amigos del Arte" y de la Facultad de Ciencias Exactas. Sin embargo, aquí y allá vienen a buscarme en coches, hay periodistas y disparos con magnesio y en nombre de tal o cual comité, visito multitud de cosas, luego escucho discursos precedidos de almuerzos. He hablado extensamente con el señor Luis Cantilo, el intendente de Buenos Aires, en un momento de mi estancia en la cual esta ciudad gigantesca, a la par que la más inhumana que pueda imaginarse, me había suficientemente aplastado, comprimido, para que luego me incorporase e idease —con toda humildad— algo por su salvación. En aquel lugar del Río de la Plata se está elaborando uno de los centros esenciales del mundo. En Brasil, fui recibido en la Cámara del Estado de São Paulo, y el generoso orador que me dedica un discurso se extiende largamente (todavía me dura la emoción), respecto a la impresión que causó allí, a partir del año 1920 el *Esprit Nouveau*, nuestra revista de actividad contemporánea. El futuro presidente del Brasil, señor Julio Prestes, está al corriente de toda la cronología de nuestros esfuerzos; en vísperas de su toma de poder, se preocupa, ya, por los grandes trabajos de urba-

nismo que será necesario emprender; intentará manifestar por medio de la arquitectura la nueva época que ya presente. En cada una de las grandes ciudades de América del Sur, unos grupos entusiastas cultivan la nueva idea. La ebullición es general. En Buenos Aires, la Compañía Sud-Americana de Navegación Aérea, me invitó a participar en el viaje inaugural del transporte de viajeros en su nuevo avión de diez plazas, para Asunción, de Paraguay. El impertérrito y sonriente capitán Almonacid (¡cómo suena a árabe!), por otra parte, descendiente de los indios del Norte, emparentado con los Güiraldes, gente del campo, de donde salió el poeta Ricardo Güiraldes y su obra capital: *Don Segundo Sombra*, dirige la Compañía y expide diariamente los aviones a 180 kilómetros por hora, hacia Chile, por encima de los Andes, hacia Río, Natal, Dakar y París por sobre de la pampa, la selva virgen y el Océano. Este país de América está dimensionado por el avión. Tengo la seguridad de que la red aérea será el sistema nervioso eficaz. Miren ustedes el mapa: todo es gigantesco y, de vez en cuando, puede verse un poblado, alguna ciudad. Todos conocemos, con todos sus detalles, las jactancias de Ulises. Pero he podido ver, en casa de mi amigo Alfredo González Garaño, en Buenos Aires, la historia de los colonos de la Argentina, explicada por aquellos admirables imagineros que fueron los litógrafos de mitad del siglo XIX. Esta odisea, en la Pampa, apenas llega a los cien años. Existen todavía, en lo más recóndito de los herbazales, algunos testigos. Hay aún en familias argentinas, los hijos de aquellos que realizaron esas hazañas. Hay gente fabulosa, que está instalada muy lejos, en magníficas "estancias" —casas de la Pampa—, señores de la tierra, y también aislados, cuya grandeza reside en la temeridad que han tenido, en la perseverancia y en el aislamiento. Desde lo alto del avión Latécoère, a 1200 metros de altura he podido ver ciudades colonizadas, pueblos rectilíneos o granjas trazadas en cuadrados y también puestos avanzados. Un puesto avanzado, es una casa rodeada por naranjos plantados al tresbolillo regularmente; luego, hay algunas pistas que se dirigen a algún abrevadero, después hacia un campo, y más lejos hacia los lugares donde pacen los rebaños. El llano lo rodea todo. ¿Dónde está el vecino? ¿Dónde existe un aprovisionamiento posible? ¿Dónde se halla el médico? ¿Dónde está la muchacha a la cual nos gustaría amar? ¿Dónde está el cartero que nos traerá las cartas? Nada. Ninguna esperanza, excepto en sí mismo. He podido ver en las litografías de 1830-40, la odisea del colono. El barco "de ruedas" está en el río. Ninguna estacada; unos carros especiales entran en el agua al encuentro de los botes de desembarco. El emigrante está ahí con todos sus

bártulos. Lo ha abandonado todo, absolutamente todo. Ha hecho un viaje por el océano, ¿de cuántos días? Nosotros invertimos catorce días viendo solamente el cielo y el mar, nada más; ellos, con toda probabilidad, cinco veces más. Y, finalmente, esa ribera llana del río y Buenos Aires en un llano todavía sin explorar. Los indios completamente hostiles, se encuentran en todas partes, a las puertas de la ciudad. Huyeron con algunos caballos y unas armas y con esos inmensos carros, semejantes a los Hunos cayendo sobre Europa. ¿Carreteras? ¡Si ellos son los primeros colonos! ¿El cielo argentino? Sí, el único gran consuelo. Pues yo lo he visto ese cielo, sobre la planicie ilimitada de herbajes, raramente salpicada por algunos sauces llorones; es ilimitado, brillante, tanto de día como de noche, con una luz azul transparente, o lleno de estrellas centelleantes; está en los cuatro horizontes; en realidad, todo este paisaje es una misma y única línea recta: el horizonte. Hojeando los álbumes de González Garaño, le decía yo a mi amigo: "Con usted, que conoce esta historia en todos sus detalles, que ha tenido a sus padres y abuelos mezclados en la aventura, yo quisiera escribir un libro, ilustrado con sus documentos precisos: La magnífica Historia de los colonos argentinos".

Desde el avión, he visto unos espectáculos que podrían calificarse de cósmicos. ¡Qué invitación a la meditación, qué llamada a las verdades fundamentales de nuestra tierra! De Buenos Aires hemos atravesado el delta del Paraná, uno de los más grandes ríos del mundo: este delta está surcado de canales y cultivado intensamente; se hace la recolección de frutos y para proteger estos frutos de las violentas corrientes de aire del río, se constituyen hasta el infinito, interminables empalizadas de álamos, formando pequeños cercados. Un álamo tarda ocho años en crecer, porque esta tierra cenagosa es prodigiosamente rica; entonces vale ocho pesos, lo cual es, al parecer, una fortuna. Desde el avión, este delta evoca, pero de manera gigantesca, los grabados italianos o franceses del Renacimiento, ilustrando los tratados sobre el arte de los jardines. Después se sobrevuela el río Uruguay; lo hemos seguido durante horas. Finalmente el río Paraguay, que aquí es ya al final de su curso, en su confluencia con el Paraná, y que sube indefinidamente hacia el norte, en la selva virgen del Brasil, hasta muy cerca del Amazonas. El curso de estos ríos, en estas tierras que no tienen límites y son completamente llanas, desarrolla apaciblemente la implacable consecuencia de la física; es la ley de la línea de mayor pendiente y después, si todo se hace llano, es el teorema conmovedor del meandro. Y digo teorema por cuanto el meandro que resulta de la erosión, es un fenómeno de desarrollo

cíclico, totalmente semejante al del pensamiento creador, de la invención humana. Dibujando desde lo alto de los aires los alineamientos del meandro, me he explicado las dificultades que encuentran las cosas humanas, los atolladeros con los cuales se encuentran y las soluciones de apariencia milagrosa que solucionan de repente las situaciones más embrolladas. Para mi uso, he bautizado este fenómeno "la ley del meandro" y en el transcurso de mis conferencias, en São Paulo y en Río, he aprovechado este prodigioso símbolo, para introducir mis proposiciones de reformas urbanas o arquitectónicas, para tomar soporte en la naturaleza, en una coyuntura en la cual yo presentía un público capaz de acusarme de charlatanería.

Desde el avión, se comprenden, también, otras muchas cosas:

La Tierra es parecida a un huevo pasado por agua; es una masa líquida esférica, rodeada de una envoltura arrugada. La Cordillera de los Andes o el Himalaya no son otra cosa sino arrugas; algunas de estas arrugas se han roto y he aquí la razón de estos perfiles de rocas audaces que nos dan la noción de lo sublime. Lo mismo que el huevo pasado por agua, la Tierra está saturada de agua en su superficie y está en constante función de evaporación y de condensación. Se puede ver, desde el avión, formarse, en las llanuras del Uruguay, las nubes que entristecerán los hogares, o que harán una abundante cosecha o que podrirán los viñedos; o ese encuentro de nubes que da el rayo y el trueno, temidos como dioses. En esta hora de apuntar el día justo antes de salir el sol y en que el frío es más intenso; es el tiempo más largo desde que el sol se ocultó; el durmiente se tapa con su manta de lana y el vagabundo en campo raso se encoge como un feto. El vapor del agua en suspensión en el espacio, se precipita y de repente, toda la tierra se cubre de agua: es el rocío. Es en este momento que estalla, como un cañonazo, el sol, en el punto mismo del horizonte. Mirad como va de prisa; de forma vertiginosa, produce la impresión de que ha tomado un impulso para salir. Pero no, esta velocidad impresionante que se percibe sobre la línea del horizonte, es su único régimen; pero, observando la bóveda celeste, pensamos: "Tenemos para todo un día". Percatarse de esta extremada velocidad del sol, es darse cuenta de la rapidez, de la fugacidad de nuestra vida y de lo irreparable del tiempo perdido. ¡Cuán grave es todo esto: lo irreparable del tiempo perdido! El cielo está liso, el horizonte es anaranjado y por doquier está lleno de una luz azul, sin una mancha y el avión está en pleno goce. Pero son ya las diez: azul por todos lados, arriba y abajo, excepto enfrente. Nos encontramos con una barrera de nubes, una barrera masiva frente a nosotros y a nuestro

alrededor. Esta barrera de nubes no es compacta: ved el maravilloso espectáculo: la llanura del Uruguay es una inmensa piel de pantera, verde y amarilla por sus herbajos iluminados, manchada por un número incalculable de manchas de sombra que son negruzcas. ¡Cómo la sombra de una nube resulta opaca y espesa sobre la tierra y en las ciudades! Estas manchas innumerables son todas del mismo tamaño. El rocío se reparte en el aire para una nueva metamorfosis y una magia lo ha recobrado, militarizado y lo ha puesto en patrullas. Esta adhesión al orden es sorprendente. He aquí, pues, una clara expresión del total reparto (rocío), después de un primer estado de agrupación: igualdad, concentración alrededor de un centro, institución de diversos centros, primera forma de una administración constituida por células administrativas. Los acontecimientos no se paran ahí; he aquí los grandes fenómenos incontrolables: el Sol corroe, horada, remueve la atmósfera; juega la densidad; las masas de aire irregularmente densas, se deslizan las unas sobre las otras. Incluso hay deslizamientos vertiginosos. La administración apacible de millares de nubecillas ha sido subyugada por cualquier poder irresistible; hay agrupaciones, adhesiones, anexiones, coaliciones. Ved, por la tarde, las masas colosales de nubes en movilización, en ejército de combate. Y he aquí la tormenta, el choque, el encuentro, el tumulto, el fagonazo del rayo.

¡Acontecimientos que agudizan la curiosidad de un urbanista en gira de conferencias!

Aquí, el huevo pasado por agua nos inclina hacia la melancolía, incluso a la desesperanza; yo creo en una neurastenia del "huevo pasado por agua". Dejen podrir su huevo, o bien, como no tienen bastante tiempo, recuerden el aspecto interior de los botes de confituras de su mamá. Antiguamente los botes de confituras se cubrían con un papel empapado en alcohol o en leche. Unos cuantos meses después, un asombroso moho había crecido sobre el papel. La selva virgen, las vegetaciones exuberantes del meandro, son el moho de nuestra Tierra. ¡Fíjense en las palmeras! La palmera de América crece en estado salvaje según una regla que yo ignoro, en el llano, en medio de unas extensiones áridas de herbazales mezquinos, a unas distancias regulares, muy espaciadas. He aquí unos estuarios, unas confluencias y, a una cadencia regular, también, podéis ver las cañas que crecen en inmensas coronas cerradas, implacablemente redondas, como los arrecifes de coral en la Polinesia. Ved las llanuras: los matices de los herbazales precisan los estados de humedad del subsuelo. Toda una biología, toda una vida orgánica fundamental aparece, visto desde lo alto: bellos prados o campos de hierbas pernicio-

sas: es siempre la ley de la línea de mayor pendiente de las aguas, en la superficie o subterráneas. La Tierra no es uniformemente verde, tiene todo el veteado de un cuerpo en putrefacción. Elegantes palmeras, selva virgen, —estaturas que nos dan, desde abajo, y de cerca, unas sensaciones de nobleza, de exuberancia, de opulencia, de vida,— *tú, árbol*, vosotros todos, vistos desde el cielo, no sois más que moho aparente. ¡Y tú, Tierra, oh Tierra desesperadamente húmeda, no eres más que moho! Y tú, agua, sea en vapor o en líquido, maniobrada por un astro de fuego tan lejano, te trae, entremezclado, el goce o la melancolía, la abundancia o la miseria.

El avión impasible nos muestra, también, durante unas horas, las grandes inundaciones del Paraná y del Uruguay. Esta tierra sin límite, pertenece al colono audaz, el cual se hunde en ella de pie, con su vista a la altura de las cañas. El colono se para: He aquí —dite— una tierra fértil. El agua no está lejos, etc. etc. ¡Si hubiéseis visto la angustiada crecida de las aguas en estas inmensas llanuras! Este ha nacido bajo el signo de una buena estrella: la capa líquida se ha detenido a cien metros. Pero, ¿y aquel? La techumbre de su granja emerge de un mar amarillento, así como las cimas verdes de los naranjos plantados regularmente. Se ha visto obligado a huir del cerco precipitadamente. Sus rebaños se han ahogado. Desde el avión he podido ver como salía un techo en medio de un inmenso lago. Ni una sola granja, sino a distancias tremendas. Era un intrépido colono. ¿Se conoce, en Montevideo, capital del Uruguay, que no tiene censo, la epopeya probable de este colono pionero, que dedicó toda su vida a construir unas casas, a criar rebaños y a plantar árboles? Novelistas de ciudad, con vuestros adulterios y vuestras vírgenes académicas, existen individuos de epopeya cuando se mira el mundo desde arriba.

A 500 o a 1.000 metros de altura, y a 180 ó 200 kilómetros por hora, la visión desde el avión es la más tranquila, la más regular, la más precisa que pueda desearse: puede apreciarse el pelaje salpicado de marrón o negro de una vaca. Todo toma la precisión de un plano; el espectáculo no es presuroso, sino lento, muy lento, sin ruptura; con el avión no es sino el barco en el mar y el pie del caminante en el camino, que permiten lo que podríamos llamar unas visiones humanas: se ve y el ojo transmite sosegadamente. En tanto que yo las llamo inhumanas e infernales las visiones ofrecidas por un tren o por un coche, incluso por una bicicleta. Yo no existo en la vida sino a condición de *ver*.

Por tanto, abandonando cualquier vehículo y contando únicamente con mis piernas, he salido para Asunción, para ver las casas de

los indios. En este país, según parece, el indio ocupa un lugar preponderante en la sangre de la población. ¡Asunción! Es aquí donde caigo, de repente, sobre la tierra roja. En São Paulo, también, hice más tarde, unas acuarelas *exactas* de esta tierra. Mirándolas hoy, sobre el azul del océano, me parecen locas.

¡Asunción! Hace tan sólo una generación que todavía no habían conocido la invasión del traje de confección standard. Es una pequeña ciudad hundida en medio de una vegetación admirable: 50 % de hierba de una crudeza comprensible, al lado de otros 50 % de tierra roja; árboles inmensos que son completamente de color malva, azafrán o guindilla. Mujeres con túnica blanca y pañuelo en la cabeza y unas casas de indios en los arrabales de la ciudad, que son el más total acto de devoción de un alma sensible: todo alrededor, suelo de tierra batida, extraordinariamente limpio y bien conservado —una moqueta roja, estilo “recepción en el Elíseo”; casita de listones de madera o de bambú, rellenos, a intervalos, con tierra batida. Y, naturalmente, la lechada de cal bajo el pórtico de bambú o de maderas retorcidas que soporta una parra (como, desde luego, en todo lugar en donde guste de vivir bien); pero con esto de particular: fuera de esta moqueta de tierra batida, unas flores de tallo largo (lirios o margaritas de colores, simplifico los nombres), dispuestas con un buen gusto que produce la mayor impresión de distinción, una extraordinaria idea de distinción. Las mujeres son indias de tez amarilla, con pómulos salientes y son muy hermosas.

La alegría reina en toda la ciudad, gracias a los italianos, que, por una tradición implantada por los jesuitas españoles, siluetan a cada paso los balaustres de Palladio sobre el cielo.

¡Oh, balaustres sudamericanos! ¡Macarrones italianos! ¡Qué profusión! ¡Cuánta exageración! La trágica Buenos Aires intenta reír con sus balaustres italianos; pero no lo logra sino fuera del centro comercial. Hay, evidentemente, exageración. ¡Me he sentido tentado de anatematizar el balaustre! Pero por ahí se afirma la latinidad que gusta de la sonrisa, y los balaustres aportan una riqueza de cartón y una sonrisa latina. Sin embargo, los U.S.A. ejercen una formidable presión con sus navíos, con sus capitales y con sus ingenieros. Y en los suburbios de Buenos Aires, llenos de casas hechas de plancha ondulada, sin corazón y sin alma, y que, a pesar de todo, tienen uno y otra; pero otros, nuevos, desconocidos. Y he visto una vivienda obrera de plancha ondulada (completamente), pero muy bien puesta, en la cual un rosal adornaba la puerta. Era todo un poema de los tiempos modernos.

Busco con verdadero afán esas casas que son “casas de hombres” y no casas de arquitectos. El asunto es grave. Puede decirse que una casa de hombre es *amor*. Dejádme precisar por esto lo que respecta al cine: Observad un día, no en uno de esos restaurantes de lujo, en los cuales la intervención arbitraria de los camareros y de los “sommeliers” destruye mi poema, observad en una pequeña taberna popular, dos o tres comensales que han acabado de tomar su café y están charlando. La mesa todavía está llena de vasos, botellas, platos, la aceitera, la sal, la pimienta, la servilleta y el servilletero, etc. Ved el orden fatal que pone todos estos objetos en relación los unos con los otros; todos han servido; han sido cogidos con la mano de uno o de otro de los comensales, las distancias que los separan son la medida de la vida. Es una composición matemáticamente arreglada; no hay ningún falso lugar, ni un hiatus, ni un engaño. Si un cineasta no alucinado por Hollywood se encontrase ahí, filmando esta naturaleza muerta en “primer plano”, tendríamos un *testimonio de pura armonía*. ¿Es posible? Sí, y desgraciados aquellos que buscan falsas armonías, trucadas, comerciales, armonías académicas de Vignola, de 1925 o de último barco. Encuentro en lo que yo llamo la “Casa de los hombres”, estas disposiciones fatales. Por otra parte, ya me he explicado en: “Una Casa - Un Palacio”*. Pero altos personajes brasileños estaban furiosos cuando supieron que en Río yo había subido a las colinas habitadas por negros: “¡Es una vergüenza para nosotros, gente civilizada! ”. Yo expliqué muy serenamente que, en principio, encontraba a esos negros fundamentalmente *buenos*; de buen corazón. Después, que los encontraba hermosos, magníficos. Luego, que su molicie, el límite que saben imponer a sus necesidades, su capacidad de ensueño interior, su candor, hacían que sus casas estuviesen admirablemente construídas sobre el suelo, la ventana abierta de manera estupenda sobre unos espacios magníficos y con la exigüidad de las habitaciones abundantemente eficaz. Yo pensaba en el problema de las casas baratas de nuestra Europa envenenada por los príncipes del Renacimiento, los papas o el señor Nénot, y mi eterna conclusión, después de haber recorrido durante más de veinte años tantos países, se precisa todos los días: es el concepto de vida que es menester cambiar; es la noción de felicidad lo que hay que despejar. Ahí está la reforma; el resto no es más que consecuencia: “Los negros le asesinarán en esos barrios terribles; son extremadamente peligrosos,

* “*Une maison - un palais, à la recherche d'une unité architecturale*”. Colección de L'Esprit Nouveau, Crès et Cie. - París.

son unos salvajes; ¡cada semana se producen dos o tres asesinatos! ". Y yo les contestaba: "únicamente asesinan al ladrón de amor, aquel que les ha herido en lo más profundo de su carne. ¿Por qué quieren ustedes que me asesinen, a mí, que les miro con una profunda comprensión? Mis ojos y mi sonrisa me protegen, ¡vamos! "

Recordaba que en 1910, ya, la gente de Pera me decía de los turcos de Estambul: "Usted está loco queriendo ir allá al anochecer, le matarán, son unos miserables". Pero las casas de Pera, con sus bancos, sus negocios, sus almacenes, sus aduanas y los protectorados europeos, con el aspecto equívoco de su misma arquitectura, me decían dónde se hallaba el verdadero lugar de los malos pensamientos.

Si yo pienso en arquitectura "casas de hombres", me convierto en rousseauiano: "El hombre es bueno". Y si pienso en arquitectura "casas de arquitectos", me vuelvo escéptico, pesimista, voltairiano y digo: "Todo va de mal en peor, en el más detestable de los mundos". (*Candide*). He aquí donde lleva la exégesis arquitectural, ya que la arquitectura es el resultado del estado de ánimo de una época. Hemos llegado a un callejón sin salida, los engranajes sociales y morales están desorganizados. Tenemos la sed de Montaigne o de Rousseau emprendiendo un viaje para ir a encuestar al "hombre desnudo". La reforma que ha de emprenderse es profunda; reina la hipocresía: amor, matrimonio, sociedad, muerte; estamos entera y totalmente falsificados, ¡somos *falsos*!

Estamos en la saturación Brillat-Savarin: cocina para almuerzos y cenas diplomáticos; esmoquin o uniforme (estilo "general del Gran Ejército"). Se toman puerros, espárragos, patatas, buey, mantequilla, especias, fruta y por efecto de una ciencia que ha llenado cantidad de libros, se desfigura todo, resulta todo con el mismo sabor. La única consecuencia es que con los vinos y los quesos pestilentes, se han llenado lo suficiente los estómagos para que una parte del control intelectual quede perdido. Y después, se habla de negocios: se habla de las guerras, de las alianzas, de las aduanas, de las innumerables especulaciones. Se digieren como unas serpientes las peligrosas e incalculables combinaciones de un mundo que, en realidad, ha dejado de existir.

La arquitectura se halla en este punto. Los palacios académicos de Ginebra eran los baldaquines más inconcebibles de terciopelo rojo y pasamanería dorada que se pueda imaginar. Este palacio tenía un objeto: trabajar para el bien del mundo, lo mismo que también hay un objeto para una comida: nutrir. ¡Figúrese! ¿Trabajar, prontitud,

claridad, exactitud? ¿Y qué se hace con la diplomacia? ¿Y con el arte culinario de la arquitectura?

Miren, se me escapó una expresión en el Automóvil Club de São Paulo cuando me mostraban con gran insistencia el álbum de las obras esculpidas de un célebre indio que hizo verdaderas maravillas para los curas españoles: uno creía encontrarse en Berna, en Basilea, en Praga, en Cracovia, etc. Ese estilo jesuíta (Brillat-Savarin), que alambica la claridad helénica con los tormentos de la Inquisición: ¿Qué diablos han venido a hacer aquí los griegos y los curas? Nos hallamos en la roja tierra violenta de los indios y esa gente tenía una alma. Del catécismo que yo aprendí, me queda lo siguiente de Jesucristo: "Si alguien escandaliza a alguno de esos pequeños que creen en mí, sería mejor para él que le atasen una piedra al cuello y lo echasen al fondo del mar".

Díganme si el sabor de la cocina de los grandes hoteles internacionales, cocina con esa salsa Brillat-Savarin y sus pesadeces debidas al pastel trufado de foie-gras, no les viene a la boca frente a las ictericias del Salón de los Artistas Franceses.

Díganme si encuentran ese Brillat-Savarin en los pórticos de Char tres o de Vézelay. Esto era anterior a la academia, ¿no es cierto? Y lo mismo en las máscaras indias del museo de Río.

¡Díganme si hay alguna razón para que se adornen las ciudades con parterres de bordados, cuando el hombre moderno es tan sensible a la vista de un césped que se extiende, de un árbol cuyo vivo arabesco le habla a su corazón! Vi una noche en Río un miserable pequeño parque con unos parterres de césped cortado, hechos al cuadrado, con ángulos redondeados "maderamen estilo Luis XVI" e intentos de bordados estilo 1925. —"Era un parque de deportes, en el centro de este barrio encantador, pero lo han convertido en un jardín ostentoso"—. ¡Entonces sentí de una manera violenta lo que era la momia académica!

Hace veintidós años que oigo en el pueblo, bajo todos los cielos del mundo, las músicas profundas. Y declaro: "Me gusta Bach, Beethoven, Mozart, Satie, Debussy, Stravinsky". Es la música clásica, la que se ha hecho en la cabeza de un hombre que lo ha sentido todo, que todo lo ha calculado y que ha elegido y creado. Arquitectura y música son las manifestaciones instintivas de la dignidad humana. De ahí que el hombre afirma: "Existo; soy un matemático, un geómetra, y soy religioso. Es decir que creo en un ideal gigantesco que me domina y que podría alcanzar...". Arquitectura y música son unas hermanas muy íntimas: materia y espiritualidad, la arquitectura está

en la música y la música está en la arquitectura. Y en ambas, un corazón que tiende a enaltecerse.

Sublimizarse es un acto profundamente individual. No se sublimiza con exclaustros —hábitos de general de la “Grande Armée”— sino con eso que no es nada y lo es todo: *con la proporción*. La proporción es una serie de relaciones conjugadas. No tiene necesidad ni de mármoles, ni de oro, ni de un Stradivarius, ni ser, tampoco, un Caruso.

Cuando el 27 de noviembre de 1929, en São Paulo, Josefina Baker, en un espectáculo de variedades completamente idiota, canta “Baby”, aporta con ello una sensibilidad tan intensa y tan dramática, que se me llenan los ojos de lágrimas.

En su camarote del buque, coge una pequeña guitarra —un juguete de un niño— que le han dado y se pone a cantar todas las canciones negras: “Soy un pajarito negro que busca un pajarito blanco; quiero un nido para ponernos dentro los dos...” o: “Eres las alas del ángel que ha llegado, eres las velas de mi barco, no puedo pasar sin ti; eres, etc. etc; eres los hilos del tejido y me pongo todo lo que eres en el tejido, y lo doblo y me lo llevo; no puedo pasar sin ti...”.

Vive a través del mundo. Emociona inmensas multitudes. Así, pues, ¿hay un verdadero corazón en el fondo de las multitudes? La música encuentra el camino. El hombre es un magnífico animal. Pero hay que engrandecerlo, hay que arrancarlo de las abominables mentiras que hacen de su vida un infierno; sin que él pueda medir la razón y denunciar la causa.

Y he aquí lo que yo pensaba en la selva virgen de San Martino, a doce horas de expreso hacia el centro del Brasil: “Hay que saber estar siempre en *estado de juzgar*. Te encuentras en los trópicos del Brasil, en la Pampa argentina, en Asunción de los indios, etc. Saber vencer la fatiga ambiental y *juzgar sobre patrón*, en sí, una cosa que está armonizada en todos sus contactos ambientales y que, por consiguiente, *no choca*. Excepto la tierra muy roja y las palmeras, estamos en el eterno paisaje de siempre: estepa o pampa, no es más que extensión; selva virgen o bosque espeso francés, no son más que ramificaciones. ¡Interpretar! ¡Ver los negros, los mulatos, los indios en la muchedumbre de São Paulo! ¡Medir el *estilo* de Buenos Aires!

Explicuémonos: Todo está conforme a los libros, a los relatos de nuestra infancia; la selva virgen, la Pampa. Pero la tierra es verde, en verano, por doquier. La selva virgen es como las demás; sin embargo, hay lianas, no hay que omitir el verlas. Hay jaguares; nuestro compañero ha disparado contra uno hace ocho días; ¡pero no vemos nin-

guno! Estamos al acecho, en el puesto construido con bambús y hojarasca, en el corazón de la selva; pasa un cuarto de hora... y nada. ¿Por qué los animales acudirían precisamente allí, donde nosotros estamos con un fusil? Por la noche se oyen gritar locamente las cotorras; son verdes como las hojas, ¡no se las ve! Hay inmensas serpientes, aquí hay unas fotos; el mes pasado, un hombre de la plantación murió por su causa, pero no se ven. El estanque está lleno de cocodrilos; pero están en el fondo del estanque. Aquí, en la pista, rastros de ciervo y de jabalí. En la carretera vemos un armadillo aplastado. La selva es silenciosa, espesa, impenetrable, quizá amenazadora.

Pero en las playas francesas, cuando nosotros, pescadores de afición, salimos con las redes, ¿vienen los peces a nosotros?

Hay de todo en la selva americana, pero no se ve nada.

Permanecer, acechar, escuchar, durante uno, dos días, y la selva hablará. ¡Pero no se tiene nunca tiempo!

¡Y así ocurre en la vida!

¡Saber estar; estar en estado de juzgar!

Hay en la música norteamericana, procedente de los negros, una masa lírica "contemporánea" invencible. Buscad en el fondo: el tam-tam del Chad que sacude las melodías populares de las montañas bávaras o de Escocia, los cantos vascos, etc. El misionero ha pasado por la Cabaña del Tío Tom. Entonces, hoy, en la formidable forja de los Estados Unidos, donde todo es nuevo, del siglo XX y en donde una timidez de grandes muchachos torpes paraliza hasta aquí la expresión de un lirismo contemporáneo, tenéis al negro, sencillo y cándido, que ha hecho que esta música se expanda por todo el mundo. El cine sonoro hace su invasión atilesca. No se puede resistir a un asalto tan violento y a tanta verdad. Yo veo en esta música la base de un estilo capaz de ser la expresión sentimental de la nueva época. Apreciemos que se encuentran las más profundas tradiciones humanas: Africa, Europa, América. Siento que hay en ella una energía capaz de clasificar los métodos Brillat-Savarin de los conservatorios académicos, del mismo modo como se clasifican hoy en día, en arquitectura, los procedimientos de la edad de piedra, llegados hasta Hausmann y rotos a rajatabla por Eiffel o Considère. Se pasa la hoja. Nueva exploración. Música pura. Las formas escolásticas, codificadas por los institutos de música, hacen sus ruiditos en las salas de concierto y en la T.S.F. (¡miserable abuso de confianza!). El Sonora habla a la muchedumbre moderna y, en el vapor, el marino y la bella viajera; en el Río selecto y en la "favela" de los negros; en Buenos

Aires, en sus trágicas calles sin esperanza, la melodía de "El Angel Pecador" mece innumerables y diversos corazones.

La emoción de los tiempos maquinistas es diferente de la cocina pesada y "sabia". ¡Completamente diferente! Mucho más cercana al corazón y las lágrimas encuentran el borde de los párpados.

Saber estar siempre en estado de juzgar; apreciar; juzgar por sí mismo; captar las relaciones; crear una sensación individual, inclinarse hacia el *completo desinterés* de su persona, imponer un constante retroceso a su "yo" material, es conquistar en la vida unas *fuerzas meditadas*. Más que tener que pasar por las violencias de una edad decrepita, es mejor estar en constante sacrificio de sí mismo y lanzarse a la aventura, jugar su partida, ser sensible a todo y tener siempre el corazón entregado hacia los demás.

La historia de América me parece ser una poderosa palanca de estímulo, incluso a pesar de sus horrores, de sus masacres inexorables y de sus destrucciones decretadas en nombre de Dios. El estudio de la historia manifestada de tan distinta forma y de manera tan útil por los documentos escritos, de una forma tan leal por las arquitecturas y tan finamente por las artes plásticas y la música, me parece que debe ser la sólida base de una educación inteligente, considerando, naturalmente, que las realidades de las presentes ciencias constituyen su útil aplicación. Por otra parte, las verdades científicas en su constante movilidad, conducen un día a la reflexión, al "¿para qué sirve esto?", y por una respuesta que es, propiamente, la intervención personal, a una cordura...

Mis dos grandes amigos de América, González Garaño, de Buenos Aires y Paulo Prado, de São Paulo, son, tanto el uno como el otro, descendientes de antiguas familias americanas. Los dos sienten el entusiasmo de su pasado, el sentido de su historia y el sentimiento de lo que se ha hecho. ¿Qué historia? Los "Conquistadores" de la corona de Castilla, los "Bandeiros" del Estado de São Paulo. Se buscaba el oro, mala profesión; pero ¡qué valor, qué iniciativa, qué perseverancia! Si se considera el mapa de América y se puede imaginar aquel ejército de trescientos hombres, bajando a pie desde los Andes, desde México hasta el Río de la Plata; esas "bandas de São Paulo", subiendo por grupos de cincuenta, de la selva virgen hasta las fuentes del Amazonas; si uno piensa que eran solamente un puñado y que imponían su voluntad a los poblados que iban encontrando; que libraban batalla o se insubordinaban, se les puede ver algo así como unos dioses, ¿no es verdad, Homero? Aquí se trata de fuerza moral y es

eso lo que yo tengo en cuenta. Quisiera poder tener algún día el tiempo de estudiar esta historia, que no es legendaria, sino que tiene sus documentos de la época en las bibliotecas de Europa.

El progreso europeo invade estos países y destila su racionalismo y su codicia. ¡Sin embargo, qué corazón ampliamente abierto a las cosas del espíritu! Un domingo por la mañana, González Garaño me dijo: "Quiero que conozca usted un aspecto íntimo de Buenos Aires". Fuímos al vastísimo teatro "Colón". Se cantaba La "Misa Solemne" de Beethoven ante un auditorio fascinado y atento. Una vez terminada la última nota, la muchedumbre se dispersó sin un aplauso, sin ninguna señal. El argentino es reservado. Se dice tímido. Reflexiona un montón de cosas, pero no dice nada. Alrededor de los "Amigos de las Artes", en Buenos Aires, hay una masa considerable de personas que se apasionan por las cosas del espíritu; música, pintura, arquitectura, cuyas manifestaciones se suceden diariamente. Hay, en la calle Tucumán, una pequeña librería, de excelente estilo moderno, llevada por dos francesitas y que constituye una verdadera embajada intelectual. Toda la buena sociedad acude allí, lee, compra; no puede encontrarse allí ninguna obra académica, sino únicamente lo mejor que se hace en París. ¡París! Es un espejismo para el argentino. El argentino que no debe preocuparse para "hacer América", es decir, ganar dinero, comparte su vida y sus pensamientos entre su patria y Francia. ¡Oh, Francia, que haces donación a ese país nuevo, para su centenario, a ese país lleno de unas nociones despiertas de aquello que constituye la fuerza intelectual de París, de este inmenso pastel helado, de mármol blanco, esculpido bajo los auspicios del Instituto, te ofendes al ofender el bello paseo de Alvear y de Palermo!

Quizá hace solamente diez años que Buenos Aires se mueve de una forma útil a favor del arte. Puede verse por su arquitectura que ha pasado a nuevas manos. Son los grandes ganaderos, los grandes propietarios, los grandes negociantes que provocan este movimiento. Hasta ahora, es la señora Victoria Ocampo, la única que ha hecho el gesto decisivo en arquitectura, al construir una casa que promovió un escándalo. Pues bien, Buenos Aires es así, con sus dos millones de habitantes, emigrantes con enternecimientos de baratillo, que chocan contra esta mujer sola, pero que *quiere*. En su casa puede hallarse a Picasso y a Léger, en un marco de una pureza que yo he encontrado muy raramente en alguna parte.

En el Brasil, Paulo Prado, plantador de café, financiero y filósofo, ha introducido a Cendrars. São Paulo, situado en una alta planicie de

800 metros de altura, ciudad incomprensible, de tan vieja como parece, a pesar de sus rascacielos y sus recientes grandes barrios, São Paulo se agita. En el Brasil (como, por otra parte, en la Argentina) *L'Esprit Nouveau*, nuestra revista del año 1920, ha suscitado ambiciones. Estos países, Argentina —vieja Castilla—, Brasil —viejo Portugal—, han llegado a una hora en que quieren dibujar su historia. La historia de los pueblos nunca es sino la expresión de un ideal contemporáneo, una fabricación espiritual que es como una doctrina, una descripción de sí misma, una definición propia. La historia no existe, se la manipula. Así, pues, se ve surgir la ficción de la “raza”. Viajeros, os reís en Buenos Aires o en São Paulo cuando un patriota demasiado confiado entona delante vuestro esta canción. Están ustedes en un error, ya que uno se convierte en americano, en América, aunque se sea emigrante por todos costados. Los jóvenes de São Paulo me han expuesto su tesis: “Somos Antropófagos”; la antropofagia no era una costumbre glotona; era un rito esotérico, una comunión con las mejores fuerzas. La comida era escasa; eran cien o quinientos para comer carne del guerrero hecho prisionero. Este guerrero era valeroso; se asimilaban sus virtudes, pero también, este guerrero, a su vez, había comido la carne de sus propios guerreros de la tribu. Por consiguiente, comiendo su carne, se asimilaba la misma carne de sus propios antepasados.

Los jóvenes de São Paulo, al denominarse antropófagos, quieren expresar de este modo que quieren hacer frente a la disolución internacional, por la adhesión a los principios heroicos, cuyo recuerdo está todavía presente.

Tal sobresalto de valor no es inútil, allí. Yo les he dicho muchas veces: “Sóis tímidos y timoratos, tenéis miedo. Nosotros, equipo de París, somos mucho más intrépidos que vosotros y os lo voy a explicar: en vosotros, los problemas son tan numerosos, tan inmensos, los hinterlands que deben colonizarse son tan grandes, que vuestras energías se diluyen inmediatamente por las dimensiones, las cantidades y las distancias. Mientras que nosotros, de París, no tenemos que hacer nada de todo esto. No existen los hinterlands. El país está saturado. Si sóis uno para diez trabajos, nosotros somos diez para un solo trabajo. Entonces, nuestras energías se concentran en ellas mismas, no se consumen, se repliegan; van en profundidad y saltan muy alto y por ello, nosotros, somos los temerarios del mundo. París no tiene piedad; allí se libra una batalla implacable. Es el lugar de los campeonatos o de los gladiadores. Nos enfrentamos y nos matamos. París

está enlosado de cadáveres. París es un concilio caníbal, que establece el dogma del momento. París es un seleccionador.

Estas pudieran ser las impresiones de un viajero.

Si tenéis la suerte de atravesar un océano en un gran buque, de sobrevolar, en avión, unos estuarios, ríos gigantescos, llanuras sin límites, ver apretujarse en los puertos los barcos mercantes, leer en un mapa mural la inmensidad no colonizada de un país grandioso, cuando se siente bajo la presión del progreso, tambalearse la noción de las fronteras, de los países; cuando se considera que las costumbres tienden a ser todas las mismas, pero que sólo una refundición de la moral romperá las vueltas incoherentes del meandro de una civilización caducada; que Francia, porque fue artista y cartesiana es, por doquier, el faro que dirige (ese faro que vanamente intentan apagar una parte de sus propias instituciones oficiales); que los Estados Unidos son el gran motor del mundo moderno; que Moscú es la desconocida reluciente; que los jóvenes de Montevideo juegan al baloncesto con un ardor persuasivo, que hablan con el cigarrillo en la boca, las manos en los bolsillos y que en su tierra, el respeto reside en la mirada y el sombrero permanece en su cabeza; cuando se piensa que Buenos Aires es un potencial, el Nueva York de una próxima aventura, en donde el orden sublime será el efecto de unas digestiones y en donde la grandeza será una influencia todavía desconocida de lirismo; que las ciudades del mundo, y, particularmente, las ciudades de los países llamados "viejos" podrían convertirse no ya en relicarios de una belleza que fue revolucionaria en su época, sino que podrían ser unas provocadoras irresistibles de entusiasmos colectivos, de acción colectiva, de alegría general, de orgullo y, por consiguiente, de una felicidad individual esparcida por todas partes; y que bastaría de que una autoridad —un hombre— lo suficiente lírica, disparase la máquina, dictase una ley, un reglamento, una doctrina y entonces el mundo moderno empezaría a salir del ennegrecimiento de sus manos y de su rostro de trabajo, y sonreiría, poderoso, contento, creyente; —cuando se ve el mundo desde lo alto, de lo más alto, en anchura y extensión, —y que todo nos da la ocasión— puede considerarse, entonces, que la arquitectura es nueva, que está en sus principios, que será inmensa y unitaria, por mares y continentes, bajo un solo signo. La onda arquitectural, lo mismo que la onda eléctrica envuelve la tierra y en todos lados hay antenas.

¡Qué viejos somos aún, en un mundo nuevo! ¡Cuán mezquinos somos!

El deporte —también del corazón— nos salvará. ¡Corramos el

riesgo de la aventura! La Aventura: el Río de la Plata a quinientos metros por debajo es rojizo por sus barrizales; es ilimitado en los cuatro horizontes. Nos encontramos doce en la carlinga; el cielo argentino es nuestro alrededor. El plano del ala es paralelo al del agua; el borde del ala se pone sobre el agua del horizonte. Todo son materiales nuevos; nácar, el ala de aluminio, el agua rosa, el cielo transparente; las líneas son rectas; los planos son horizontales. La sensación, en todos lados es lisa. El vuelo es regular, continuo, completo.

¿Arquitectura? Pero si es en todo esto que se ve y se siente, ahí reside toda la moral de la arquitectura: real, puro, ordenado, órganos... y aventura.

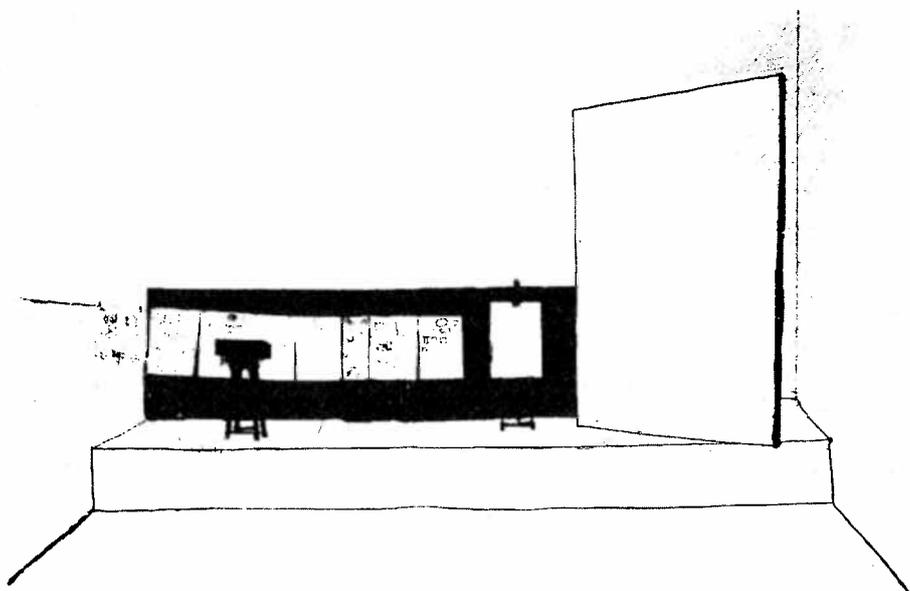
He intentado la conquista de América por una razón implacable y por una gran ternura que he sentido por las cosas y por las gentes; he comprendido en la tierra de estos hermanos separados de nosotros por el silencio de un océano, los escrúpulos, las dudas, las vacilaciones y las razones que motivan el estado actual de sus manifestaciones y tengo confianza en el futuro.

Bajo semejante luz, la arquitectura nacerá.

Fue en casa de la encantadora e inteligente duquesa de Dato, en París, que conocí a González Garaño. Me obligó a salir para Buenos Aires, para que expresara en esa capital, en gestación gigantesca, las realidades y la próxima suerte de la arquitectura moderna. Por otra parte, Paulo Prado, desde el año 1925, me llamaba desde São Paulo y Blaise Cendrars, en París, me iba empujando con gran número de argumentos, mapas geográficos y fotografías.

No puede emprenderse un tan largo viaje a la ligera. Sobre todo no hay que ir a desarrollar unas ideas aproximadas o unas hipótesis sin fundamento.

Hasta ahora, en las capitales de Europa, había procurado limitar mi tema en dos conferencias: una, "Arquitectura", la otra, "Urbanismo" y pude conseguir mantener en constante atención, durante dos, tres y hasta cuatro horas, a un público que seguía los trazos de mi lápiz y de mis tizas de colores, los asombrosos saltos de la lógica, pues me surgió una técnica de conferencias. Preparé, pues, mi caballete: un bloc de una decena de grandes hojas de papel, en las cuales



dibujo en negro y en colores; un cordel tendido de un extremo a otro del escenario, detrás de mí, del cual hice colgar las hojas, una después de otra, así que están ya cubiertas con los dibujos. De esta forma, el auditorio tiene bajo la vista el desarrollo completo de la idea. Finalmente, una pantalla para el centenar de proyecciones que materializan los razonamientos precedentes. Cada ciudad que visito me aparece bajo distinto aspecto. Presiento ciertas necesidades. Me establezco una cierta línea de conducta apropiada a mi público; por otra parte, muchas veces, en el curso de la conferencia, esta línea puede modificarse. Entonces, improviso, ya que al público le gusta sentir que se está creando para él. De esta manera no se duerme.

En Buenos Aires convinimos que dividiríamos el tema en diez conferencias. La iniciativa fue tomada por la Asociación de "Amigos del Arte", que dirige magistralmente la señora Helena Sansinena de Elizalde. La Facultad de Ciencias Exactas, con su decano (que es más joven que yo), el señor Butti, tomó a su cargo cuatro de estas conferencias y, finalmente, los "Amigos de la Ciudad", también organizaron una.

He aquí la lista de estas conferencias argentinas:

Jueves	3	octubre 1929...	“Amigos de las Artes”: <i>Liberarse de todo espíritu académico.</i>
Sábado	5	— ...	“Amigos de las Artes”: <i>Las técnicas son la base misma del lirismo.</i>
Martes	8	— ...	“Facultad de Ciencias Exactas”: <i>Arquitectura en todo. Urbanismo en todo.</i>
Jueves	10	— ...	“Facultad de Ciencias Exactas”: <i>Una célula a escala humana.</i>
Viernes	11	— ...	“Amigos de las Artes”: <i>El plano de la casa moderna.</i>
Lunes	13	— ...	“Amigos de la Ciudad”: <i>Un hombre = una célula; unas células = la ciudad.</i>
Martes	15	— ...	“Facultad de Ciencias Exactas”: <i>Una casa. Un palacio.</i>
Jueves	17	— ...	“Facultad de Ciencias Exactas”: <i>La Ciudad mundial.</i>
Viernes	18	— ...	“Amigos de las Artes”: <i>El plan “Voisin” de París y el plan de Buenos Aires.</i>
Sábado	19	— ...	“Amigos de las Artes”: <i>La aventura del mobiliario.*</i>

Una vez terminado este ciclo, me pidieron que dejara una señal útil. Yo nunca había tenido la ocasión de expresarme tan abundantemente. Me sentía feliz al poder dar hechos precisos, y, sin embargo, en cada una de mis conferencias la hora me acosaba: hubiera podido dar cien conferencias!

Acabé por descubrir un gran consuelo en la profesión de conferenciante ambulante improvisado; héla aquí: he vivido durante su celebración momentos agudos de lucidez, de cristalización del pensamiento. Ante ustedes tienen a un auditorio numeroso y *hostil*. Al decir *hostil* quiero decir que está colocado en la desagradable situación de un comensal a quien se le quiere hacer comer un pollo sin masticar. Novedades y más novedades caen sobre él; su utillaje de

* Por razones locales de oportunidad, estas conferencias no han sido dadas según el orden del programa sometido a aquéllos que me llamaron de Buenos Aires. La distribución de los capítulos de este libro restablece la línea lógica de mi programa.

receptividad se desborda. Entonces es necesario darle un alimento comestible, es decir, hay que exponerle unos sistemas claros, indiscutibles, incluso fulminantes. Cuando estáis en vuestro trabajo cotidiano, nada os obliga a esas cristalizaciones instantáneas. Cuando os encontráis ante un auditorio al cual habéis atraído, poco a poco, a las regiones tácitas que delimita vuestro lápiz, hay que “expresar”, “iluminar”, “formular”. Y ahí está la pesada, pero fecunda gimnasia del conferenciante improvisador. ¡Ha distinguido unas vías claras! ¡E incluso conserva el beneficio para sí mismo!

Al salir de este ciclo en el cual había recorrido los caminos de la arquitectura, la proposición me sonrió de fijar para un lector desconocido, la trama de la idea. Mis dibujos se pusieron de lado. Es alrededor de estos dibujos que se reproducen aquí*, que voy a reconstituir mi canción de Buenos Aires.

* Con objeto de restablecer lo mejor posible el contacto entre el texto que sigue a continuación y los dibujos que acompañaban íntimamente la palabra, se ha hecho una numeración de las imágenes sobre las planchas y repetido en el texto.